

La calle para el viernes tres de agosto de 2007
Diario de un espectador
Bergman y Antonioni
por miguel ángel granados chapa

El mismo infausto día, el lunes pasado, murieron dos grandes hacedores de arte cinematográfico, el sueco Ingmar Bergman y el italiano Michelangelo Antonioni. Nacido en 1918 el nórdico y en 1912 el mediterráneo, ambos cubrieron con su genio el cine de la segunda mitad del siglo XX.

Bergman fue también, y primero, un hombre de teatro, en que se inició a los veinte años y al que volvió en su madurez. Puso su primera obra en la Ópera de Estocolmo y luego se convirtió en el autor y director emblemático del Dramaten. Pero no tardó en traducir el arte de las tablas al de la cámara y la pantalla. Filmó en 1945 la primera de más de cincuenta películas que lo hicieron universalmente conocido y en todo el mundo apreciado.

Ya había hecho 7 películas cuando en 1952 filmó *Secretos de mujeres*, probablemente la primera exhibida comercialmente en México, cinco años después de su realización. Acuaron en ella Eva Dahlbeck y Gunnar Bjornstrand, a quienes también verían los espectadores mexicanos en *Una lección de amor*, la segunda cinta presentada en México en 1958, cuatro años después de su filmación. Ambas fueron proyectadas en el cine Prado, donde la primera duró cuatro semanas en cartelera mientras que la segunda la superó por una más.

Quizá a partir de la obtención de su primer Óscar (en 1961, con *Trough a glass darkly*, traducida como *Detrás de un vidrio oscuro* o *Como en un espejo*) Bergman alcanzó el elevado sitio que los admiradores de la creación cinematográfica le reservaron, y que en México se expresó en la frecuencia con que era exhibido en cine clubes y salas de arte. *Persona*, *La hora del lobo*, *Escenas de un matrimonio*, *La flauta mágica*, *El huevo de la serpiente*, *Sonata de otoño*, *De la vida de las marionetas*, *Gritos y susurros* y *Fanny y Alexander* y en general buena parte de su producción mostraron, como ha escrito Leonardo García Tsao, que “el cine pudiera tener trascendencia metafísica. Reflexionar sobre la angustia existencial, la ausencia de Dios, la imposibilidad de la pareja, parecía más propio de otras disciplinas artísticas más serias, la literatura y el teatro, por ejemplo”. El propio Bergman reveló haber encontrado en el cine “un idioma en que literalmente se habla de alma a alma en expresiones que, casi sensualmente, escapan al represivo control del intelecto”.

Fue premiado muchas veces: en 1956, *Sonrisas de una noche de verano* ganó el premio especial de Cannes festival que, insólitamente le otorgó el mismo reconocimiento al año siguiente por *El séptimo sello*. *El mago*, también traducida como *El rostro*, obtuvo en 1959 el premio especial del jurado en el festival de Venecia. Desde 1986 había preferido filmar para la televisión.

Como su par sueco, Antonioni cinematografió (si vale el verbo) también “la soledad, el vacío interior, la alienación”. Comenzó su tarea en 1950 y diez años después ya triunfaba al dirigir a Jeanne Moreau y Marcelo Mastroianni en *El norte*. Luego siguió una larga lista de notables producciones, en que cuenta especialmente *Blow up*, con Vanessa Redgrave, que en 1996 resultó de adaptar al cine el cuento *Las babas del diablo* de Julio Cortazar. Treinta años más tarde, Hollywood rindió homenaje a su trayectoria con la entrega de un Óscar especial. No pudo guardar la estatuilla mucho tiempo, porque al año siguiente su domicilio en Roma fue saqueado. Los ladrones pusieron especial interés en llevarse los premios del cineasta.

A los noventa años, hace cuatro, Antonioni dirigió su último trabajo, un episodio de la cinta *Eros*, en que también participaron Steven Sordeberg y Wong Kai Wei. La cinta narra, desde distintos miradores la crisis de una pareja ya muy mayor en que el anciano se enamora de una jovencita.

Antonioni fue enterrado ayer jueves en Ferrara, su ciudad natal.